

MSS 385
A160/1269
C.1

Domingo 24 de Agosto de 1924

REPORTAJE A UNA ALMOHADA

La tradicional costumbre de los mandatarios, de proceder con reflexión, de "consultar sus resoluciones con la almohada", como se dice vulgarmente, me ha llevado a interrogar la del señor Alessandri.

La almohada me recibió con la blandura y suavidad que la caracteriza.

-No tengo inconveniente - me dijo en acceder a sus deseos; pero, debo decirle con franqueza; el señor Alessandri no me consulta jamás. Habla primero, en seguida obra, y después se arrepiente de lo dicho y de lo hecho.

-Sin embargo, Ud. sabrá, a lo menos, lo que piensa el Presidente...

-Es difícil. El cerebro del señor Alessandri funciona en una forma muy ligera y muy rara. Es algo así como una máquina, en la cual le faltara el volante, el regulador y las válvulas.

Esto es lo que pienso yo; los Ministros creen que sólo le falta algún tornillo. Sea de ello lo que fuere, el caso es que la máquina funciona bastante mal...

-No me doy cuenta.

-No lo explico. Yo tampoco me doy cuenta de cómo piensa Su Excelencia. Un ejemplo le aclarará a usted la cuestión.

Anoche se acostó el señor Alessandri relativamente tranquilo; no había habido en las Cámaras calificación de elaciones, ni interpelación al Ministro de Hacienda, ni acuerdo radical-conservador, ni combinaciones de don Manuel A. Nieves. Sabía que la crisis ministerial estaba postergada hasta el término de la visita del Príncipe del Piemonte. Además, su cabeza estaba excepcionalmente descansada, porque en todos los festejos sociales y populares, casi no había tenido que contestar ningún saludo, ni otra manifestación de respeto y simpatía. No obstante, en cuanto apoyó en mí su cabeza, el cerebro comenzó a funcionar con la celeridad y violencia acostumbradas.

¡Infames, canallas, sinvergüenzas! - decía. ¡Y yo que los quiero tanto! Merecían correr la suerte de "El Ajicito"; pero estos carabineros no sirven para nada. Allí está, sin ir más lejos, el Placo Manuel, que se volvió de Curicó tan campante, ¡y todavía con el triunfo!, sin que nadie le diera el bajo. En cambio, el pobre Clavarría, que ha pasado días y días incendiando, vuelve derrotado y triste, por el solo delito de haber sido mi amigo. Aquí nadie me respeta. ¿Qué saco con hacer gobierno, con repartir el presupuesto, con interpretar las leyes, con propender, por medio de candidatos adecuados, los incendios en provincia; con tener mayorías homogéneas, con ser el Abanderado de la Alianza Liberal, si nadie me hace caso, ni me aplaude, ni siquiera toma en serio mis discursos? ¡Traidores, desvergonzados, ingratos! Yo he sacado todos esos diputados, luchando a brazo partido contra el pueblo; yo, que no he reparado en rebajar la dignidad del Ejército y el prestigio de los carabineros, haciéndolos robar urnas y asaltar ciudadanos, a trueque de llevar a esos canallas miserables al Congreso, ahora no me obedecen, ni quieren que continúe gobernando por un nuevo período! Yo que soy un hombre todo amor, todo fecundidad, todo fecundia, ¡tratado de ese modo! ¡qué habrá dicho el Príncipe Humberto, cuyos antepasados firmaron con los míos un convenio solemne, un verdadero pacto de honor que no he tenido tiempo todavía de violar, pero que atropellaré oportunamente! ¿qué dirá Víctor Manuel cuando sepa que el nieto de don Pedro Alessandri, no tiene ahora ni siquiera el derecho de desvalorizar la moneda nacional con una emisión de 110 millones en papel? ¿Es esto autoridad? ¡Se aprovechan de que mi Mussolini, Bribea, anda en el norte buscando

cargos concretos, para hablar en la Cámara de intervención, para criticar a los carabineros porque matan a los que no son electores, y para pronunciar toda clase de infamias, como ese Pablo Ramírez, que es el malo entre los malos! ¡Al lado de él, Conrado Ríos es un buen muchacho! Y, como si esto fuera poco, los diputados radicales no obedecen a la Junta y hablan de procurar, por todos los medios a su alcance, la crisis presidencial. No les basta, ya, con las ministeriales; quieren otra caída, quieren la mía, piden mi cabeza como si pudiera servirles para algo! ¡Ah! si tuviera yo losaibergues, si quedaran fondos en el presupuesto, si hubiera aún algunas libras en caja, ¡otro gallo me cantara! ¡Si cantara, siquiera, con los sesenta mil hombres con que amenazaba a los viejos del Senado cuando me pedían que hiciera economías, mañana mismo barría con la Cámara, que no es ni puede ser Cámara política como lo dice muy claro la Constitución antes de ser interpretada! Aunque... ¡quién sabe si sería peor! Tal como estoy viendo las cosas, a lo mejor esos sesenta mil hombres, esa chusma ignorante e inconsciente, engañada por alguno de esos agitadores que no vacilan en hacerlo toda clase de promesas, se habría venido a asaltar la Moneda! ¡Para chusmas estoy yo ahora! Me basta y sobra con esos radicales subversivos, con esos liberales insolentes, con esos bestias en dos patas que se llaman intelectuales, con esos otros que se dicen mis amigos y que son unos sinvergüenzas, con esos militares que protestan porque no se les paga el sueldo y se les usa para asaltar las mesas electorales, con esos guardias impacientes, con esos maestros huelguistas, con esos opositores, con ... con... Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡Sí! ¡Sí! Yo mismo lo he oído!... Estoy diciendo Concón, nombrando una batalla... pronunciando una frase revolucionaria!... ¡Yo mismo estoy en plena revolución, yo soy un subversivo contra mí mismo, yo quiero echarme abajo...!! ¡Ah!...!! Ah!...!! Ah!...!!

Y efectivamente ^{Casino de Establecimiento de la Universidad Católica de Chile} terminó la almohada-, la cabeza del señor Alessandri no rebotaba ya en mí... se había echado abajo... se había caído de la cama...

Ahora - concluyó - que ha sido punto por punto lo que pasa por el cerebro del primer mandatario en una serena noche de Agosto me dirá si usted sabe qué piensa el señor Alessandri.

-Pero esas cosas, ¿las piensa dormido o despierto?

-¡Vaya usted a saberlo! - me respondió la almohada. ¡Tal vez ni él mismo lo sepa!

Y puse fin al reportaje, dejándome convencido de que la almohada, y no su dueño, había sufrido aquella noche una pesadilla tan cruel como inverosímil.